

días que no alcanzaba ningún recurso para semejantes despilfarros.

Carolina dictó el sobre, y metió la mano en el bolsillo de su vestido, empezando á subir un encendido carmín á sus mejillas.

A pesar de su natural vivacidad y despejo, era su alma muy delicada y noble y temía dar un mal rato al anciano al presentarle su limosna.

Lo primero que hallaron sus dedos fué una moneda de ocho duros; pero, temerosa de herirle con tan excesivo donativo, la dejó y tomó otra de cuatro.

—Tome usted, señor Benito,—dijo toda ruborosa.

—¿Qué me da usted aquí, señorita?—exclamó el zapatero en el colmo del asombro.

Le pago á usted su trabajo,—respondió Carolina:

—Pero, señorita, ¡son cuatro duros!

—Si, ya lo sé.

—¡Y eso me da usted por escribir una carta!

—¡Ciertamente; á mi juicio la que usted me ha escrito vale mucho más.

—No puedo admitir tan extraordinaria recompensa,—objetó el anciano, que, en efecto, sufría con aquel debate entre la caridad y la delicadeza, entre la riqueza y la miseria.

—Cada uno aprecia á su modo los favores que recibe, señor Benito,—dijo Carolina volviendo con angustia la cabeza para ver si divisaba á doña Pelagia á fin de que viniese en

su auxilio; pero viendo que ésta había subido á su habitación, tomó el partido de imitarla, como el mejor, y dijo al zapatero;

—Si le parece á usted mucho ese dinero para usted, señor Benito, compre usted flores para Lidia.

Y esto diciendo, la caritativa niña subió apresurada la escalera, y desapareció á los ojos del anciano.

El tío Benito levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Bendito seas, Señor, que jamás desamparas al que te implora! ¡Bendito seas, que hoy has consolado mi amargura y me has dado pan para mis pobres hijas! ¡Bendito, bendito seas!

## VII

Demasiado cierto era que la desgracia se cernía sobre la casa del opulento armador Andrade.

La quiebra de uno de los banqueros más ri-

cos de la Habana, y la de otro negociante de la Jamaica, le habían llevado sumas inmensas; y como si la fortuna sólo hubiera esperado esta señal para volverle la espalda, dos buques de su propiedad se habían perdido en Inglaterra, casi á la vista del puerto de Portsmouth.

La fortuna del armador se hundía á pasos de gigante; una quiebra vergonzosa le amenazaba: en tan aflictivo trance se acordó de que tenía un hijo, de que este hijo debía ayudarle á evitar su ruina.

Una noche esperó, pues, la vuelta de Carlos, y le hizo llamar á su gabinete particular.

Ocurría esto tres días después de la llegada de Ursula y Lidia: el hermoso clima de Cataluña, tan templado, tan dulce, hace de los primeros días del otoño la más deliciosa estación; el balcón del gabinete del armador, abierto á la sazón, permitía ver un delicioso cuadro en el cuartito del anciano Benito.

Colocada sobre la mesilla, una vela de sebo alumbraba las delicadas manos de Ursula, que terminaba un hermoso prendido de flores, propio para teatro ó *soirée*.

Lidia, sentada al otro lado de la mesa, bordaba un rico cuello de batista, y el tío Benito con la fisonomía radiante y trasfigurada, leía en alta voz un libro pequeño.

Entanto que esperaba á su hijo, el armador, dando paseos por su cuarto, fijó más de una vez su atención en aquel plácido y risueño cuadro de familia; no se había acordado del pobre viejo á quien daba asilo, casi sin participación de su

voluntad, pues ya dije que apenas puso atención en las palabras de su ayuda de cámara.

Carlos entró por fin risueño, indolente, feliz; al verle, su padre, que amaba á sus hijos sobre todas las cosas, sintió como un remordimiento por tener que disipar aquella felicidad con sólo una palabra suya.

—No, no,—se dijo;—jamás, jamás tendré valor para llevar la tristeza y el sobresalto al alma de mi hijo:

Pero esta decisión debía durar muy poco: el armador volvió los ojos á algunas cartas abiertas que había sobre su mesa, y recibidas por el correo de aquel día, y su resolución de pedir ayuda á su hijo renació para no volverla á abandonar.

—Siéntate hijo mío, y óyeme con tranquilidad,—dijo al joven, afectando una calma que estaba muy lejos de sentir

Carlos tomó asiento al lado de su padre y esperó tranquilamente á que éste hablase.

El joven creyó que se trataba de alguno de los asuntos del comercio del cual quería enterarle.

—Hijo mío,—dijo el señor Andrade, cuya voz se iba haciendo cada instante más oprimida,—hijo mío, te he llamado para que sepas que nuestra casa está amenazada de una ruina cercana.

Carlos dió un salto en su asiento, y miró á su padre con asombro, pero no pudiendo creer lo que oía, pensó que se trataba sólo de una broma, y dijo sonriendo, mientras la palidez se

retiraba de su frente:

—¡Bah, bah, padre mío!—Tú quieres chancerte sin duda, y á fe que es una chanza cruel.

—Hijo mío, te digo la verdad.—repuso dolorosamente el armador.—Créeme, es necesario que sea el riesgo inminente, muy cercano, para que yo te arranque la felicidad de que he procurado rodearte: ¡Carlos, eres hombre; ten valor, y haz frente á la adversidad!

Carlos levantó, en efecto, su frente noble y elevada, y miró á su padre con una inequívoca expresión, de valor y firmeza.

—Te comprendo, hijo mío,—dijo el armador estrechando la mano de su hijo,—sé que puedo contar con tu ayuda, ¿no es verdad?

—Sí, padre mío,—respondió Carlos;—y ahora dime lo que debo hacer.

—Es duro. Carlos de mi alma,—murmuró el armador;—es doloroso el medio que te voy á proponer. Tú tendrás amores...hijo mío, ignoro tu vida de soltero...perdóname lo que voy á proponerte.

—Sea lo que quiera, padre, cuenta conmigo.

—Es preciso que partas al instante para Jamáica.

—Mañana, padre mío.

—¡Oh, gracias, gracias, hijo mío!

—¿Por qué esa gratitud, mi querido padre?—preguntó el joven con afectuosa sencillez.—Siento que me hayas hecho la ofensa de dudar ni por un instante de mí. ¿No te he ayudado siempre en cuanto he podido?

—¡Sí, hijo mío, sí!

—Pues ¿por qué has dudado que ahora haría lo mismo?

—Es un gran sacrificio el que te exijo.

—¿Por qué? Vamos, padre mío, pasemos al escritorio, y me darás cartas é instrucciones.

Carlos, diciendo estas palabras, se acercó al balcón maquinalmente, y la luz que salía del cuarto del tío Benito fijó naturalmente su atención.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué hermosísima criatura!—exclamó al ver á Lidia, que con la cabeza inclinada seguía su bordado, bien agena de fijar así la atención del opulento joven Carlos de Andrade.

El armador no oyó esta exclamación de entusiasmo.

—¿Qué gente es esa, padre mío?—preguntó Carlos, que no se separaba sus ojos de la nieta del zapatero.

—No lo sé,—respondió el armador.—Vamos al escritorio.

Carlos, pensativo, salió en pos de su padre, no sin dirigir antes una última mirada á la seductora figura de Lidia.

Padre é hijo permanecieron encerrados hasta el amanecer y luego los dos juntos se dirigieron al puerto.

A las siete de la mañana se daba á la vela la hermosa fragata *Nuestra Señora del Carmen*, para Jamáica, y el pasaje de Carlos fue ajustado y pagado en ella.

Los dos Andrades volvieron á su casa cabiz-

bajos y silenciosos; padre é hijo iban á separarse por largo tiempo.

—Hijo mío.—dijo el anciano;—si la quiebra del plantador es cierta, nuestra ruína es segura; sólo nos queda entonces el buque mercante que debe dejar su cargamento en la Habana y llegar aquí á fin de mes, pero los productos de su viaje, ni los del mismo buque que tendré que vender, bastarán á cubrir los compromisos de nuestra casa.

—Aunque haya quebrado la casa Wil y Compañía, yo pienso, padre mío, que mi viaje tiene por objeto el sacar el mejor partido posible, ¿no es cierto?

—¡Si; pero no lo quiera el destino!—murmuró el armador, que palideció al ocurrirle de nuevo la idea de la quiebra de aquella casa, de cuya compañía formaba parte por grandes valores impuestos en ella.

—¡Valor, padre, valor!—dijo Carlos;—no habrá quebrado quizás; pero aunque sea así, nuestro hermoso buque *Hernán Cortés*, basta por sí sólo para sacarnos adelante.

—¡Hágalo así nuestra buena suerte!

Como se vé, el armador no usaba jamás de aquellas hermosas y consoladoras palabras: *¡Dios lo quiera!* Que bastan por sí mismas para dar fe y esperanza á los cristianos.

En aquella pobre alma sin creencias, todo era, y todo debía ser forzosamente, tinieblas y angustia.

Nadie le había dicho jamás que hay un Dios, todo bondad y misericordia, que manda á sus

hijos las calamidades como prueba y que les consuela cuando le piden su ayuda.

Nadie le había enseñado que hay, después de esta vida, otra mejor, y que el alma es inmortal.

Para el armador acababa todo al dar el último suspiro; todo se extinguía en la criatura.

Uníase para tan dolorosa impiedad, la absoluta ignorancia, el completo abandono en que se había criado y lo propicia que después se le había mostrado la fortuna.

Por un juego del inconstante destino, ó quizás por disposición del Supremo Dios, á quien desconocía y que quería probarle, tanta amargura y desgracia habían rodeado su cuna, como opulencia y prosperidad habían coronado su juventud.

Su índole indómita y arrogante no reconocía pues, más ídolo que la casualidad, y todas las dulzuras de su buena suerte no bastaron á borrar el recuerdo de sus días de dolor.

Así sucede siempre en las almas duras y descreídas; el rencor hecha en ellas ondas raíces, y jamás un rayo de ternura las alivia y fecundiza.

Pero ¡cuan amarga orfandad, cuan triste desamparo rodean á esas pobres almas en los días de la adversidad!

Sólo hallan el vacío y la nada, y el desaliento las agobia con su férrea mano.

Tal era el estado de la del armador; pálido, sombrío y casi exhausto de esperanza, caminaba al lado de su hijo, que, á falta también de

creencias religiosas, sólidas y profundas, tenía la hermosa confianza de la juventud.

Carlos había aprendido en el colegio que existe un Ser Supremo infinitamente bueno y poderoso, que cuida de los humanos y les consuela y ayuda en sus dolores.

Pero estas lecciones, que sancionadas por el ejemplo y repetidas por la voz paternal, aprovechan tanto, apenas habían fructificado en el alma de aquel joven, que vivía en un círculo helado y material.

Despidióse de su madre, que no manifestó pesar ni emoción por su partida, y se trasladó al aposento donde pasaban Sofía y Carolina las primeras horas de la mañana.

La primera, dominada por una pereza invencible, dormitaba apenas levantada; la segunda se aburría mirando algunos albums de grabados que ya había repasado cien veces.

Al saber la partida de Carlos, Sofía derramó algunas lágrimas, que constituían la mayor muestra de dolor que podía dar.

Carolina dejó escapar un grito, y se arrojó al cuello de su hermano, sollozando con profunda pena.

Aquel elocuente dolor conmovió hondamente al joven, y le hizo perder parte de su fortaleza.

—No te afligas así, querida mía—dijo poniendo á la joven un sillón y besándole en la frente,—volveré, y muy pronto.

—¡Quiéralo Dios!—dijo Carolina, dejando caer por fin esta palabra de bendición en aque-

lla casa árida y descreída.—¡Quiéralo Dios, hermano mío! Y para que lo quiera, ponte esta reliquia que gané como premio en el colegio, y que está bendita.

Y la niña desató de su cuello un cordoncito de seda negra, del cual pendía un *lignum Crucis* encerrado en un medallón de oro muy pequeño y de forma de corazón.

Luego lo ató al cuello de su hermano y lo ocultó entre los pliegues de su camisa.

—Mira, Carlos, reza todos los días y besa esa reliquia,—continuo Carolina volviendo á abrazar á su hermano,—yo también rezaré por ti.

—Toma mis pistolas,—dijo á su vez Andrade, poniendo en las manos de su hijo una voluminosa caja.—Esto te aprovechará más que el amuleto de Carolina.

—Padre mío, vosotros los hombres matáis, observó dulcemente la joven,—las mujeres y sobre todo, las niñas, debemos rezar. Cada uno tiene sus armas; pero creo que las mías salvarán mejor á mi hermano.

Esta admirable respuesta produjo una burlesca sonrisa en los labios del armador, y un gesto de desdén en Sofía, que volvió á estrechar la mano de Carlos, y se hundió con mas comodidad que antes en su ancho sillón.

Carolina quiso acompañar á su hermano hasta el puerto, diciendo que después se devolvería con su padre.

Al pasar por la mísera vivienda del zapatero, vió Carolina al anciano que se dispo-

nia á salir, para sentarse delante de su mesilla; la pobre niña que sentía hacia aquel viejo infeliz mucho afecto, y tenia tanto dolor en el alma que no sabía como exhalarlo, se aproximó á él y le alargó la mano bañada en lágrimas.

—¿Qué es eso, señorita? ¿Qué ocurre?—preguntó el tío Benito á Carolina con acento sobrecogido.

—Que se va mi hermano.

—¿A dónde?

—¡Muy lejos!

—Pero ¿á dónde?

—A Jamáica.

—Caballero,—dijo el tío Benito adelantándose hácia Carlos con una nobleza y distinción en extremo notables;—caballero, si usted quisiera esperar un instante, yo le daría una carta de recomendación para Jamaica.

—¡Habría viejo loco!—exclamó con enfado el armador,—¿para qué quiere mi hijo su carta de usted?

—¿Qué perdemos en complacerle, padre mío?—dijo Carlos, que había vislumbrado en el interior de la obscura habitación la espléndida cabellera de Lidia.

Y sin esperar á otra cosa, se acercó al umbral, en tanto que el anciano, sentándose ante su mesilla, escribía la carta.

Lidia estaba tan ocupada, que no oyó acercarse al joven; se hallaba regando la maceta de jacintos colocada en el alféizar de la estrecha ventana.

En breve acabó el tío Benito su tarea; dobló la carta y se la entregó abierta á Carlos, después de escribir el sobre.

—En cualquier accidente desagradable que ocurra á usted, caballero, no dude usted un instante en presentarla á la persona á quien va dirigida; es un buen amigo mío, y no dudo que le complacerá en todo cuanto desee.

—Me hace usted un favor que agradezco con todo el alma, caballero,—dijo Carlos, que aunque no había leído aún el sobre de la carta, era afable y cortés en sus maneras.

Luego dirigió una última mirada al fondo de la habitación, saludó al anciano, y salió seguido de su padre y de su hermana.

—¡Voy á echar de casa á ese viejo chocho!—exclamó muy enfadado el señor Andrade al llegar á la calle;—¿es posible, hijo mío, que des pábulo á sus ridiculeces, escuchándolas?

Carlos, por toda respuesta, mostró á su padre el sobre escrito de la carta, que decía así:

*A lord G., gobernador de Jamáica.*

—¡Diablo! ¿Quién es entonces ese hombre?—exclamó el armador con los ojos dilatados por un profundo asombro.

Y desdoblando la carta leyó su contenido, que era lacónico, pero expresivo.

*Mi inolvidable Edward, decía en buen inglés, el portador de la presente es un joven honrado, que va á esa con objeto de evacuar algunos asuntos*

*personales; haz por él cuanto harías por mí si te necesitara, lo cual es cuanto te puede encarecer mi estimación hacia él.*

*Sé que hoy, que la nieve de los años cubre nuestros cabellos, es tan firme tu amistad, como cuando eran negros y lustrosos, y te pido ahora una prueba de ello.*

*Adiós, mi amado Edward; Ursula y Lidia, hoy á mi lado, te saludan, lo mismo que á Milady y á tus hermosas hijas Fanni y Virginia; abrázalas por mi, y recibe tú mismo otro abrazo de tu apasionado*

TOMÁS.

—Padre, ese anciano encierra un misterio profundo,—dijo Carlos, luego que el armador acabó de leer aquella carta.

—Así lo creo yo también,—dijo el señor Andrade pensativo; gracias á esta carta, que si no, lo echo á la calle, apenas hubiera vuelto á casa.

Llegaban al puerto al decir estas palabras; la fragata *Nuestra Señora del Cármen* se mecía blandamente, aparejada ya, y los marinos iban y venían sobre cubierta, acabando los últimos preparativos.

Padre é hijo pasaron á bordo, y el armador recomendó á Carlos al capitán, que era un inglés de agradables modales y distinguido aspecto.

—No hay más que un riesgo que temer, ca-

ballero,—respondió el capitán, y esto no lo debo ocultar, y menos á usted que, aunque padre, es hombre antes que todo; un pirata tiene asombrada la costa, pues lleva consigo un bergantín, y la fragata que monta da caza á cuantos buques se ponen al alcance de su vista. Sin embargo, mi gente es valerosa, y antes moriremos todos que dejarnos apresar por ese infame bandido.

Un grito agudo interrumpió al capitán, que aún no había distinguido la hermosa y suave figura de Carolina.

—¡A, perdón, caballero!—dijo,—no sabía yo que mi fragata se hallaba honrada con tan linda presencia, y hablado como se habla entre hombres solos.

Y esto diciendo, el capitán presentó su mano á la joven, con la urbanidad más exquisita, y la condujo al mejor asiento de su cámara.

Pero la joven estaba pálida y temblaba; un presentimiento doloroso le hacía ver á su hermano víctima del pirata, luchando con él, y cayendo por fin, cubierto de sangre, al fondo del mar.

Un cañonazo que retumbó sonoramente en el puerto, la hizo estremecer; levantóse y el armador también, hechándose en los brazos de su hijo.

Ni uno ni otro pudieron decirse una palabra, las lágrimas de los dos corrían en abundancia.

Carlos se separó de su padre y abrazó después á su hermana, que sollozaba dolorosa-

mente; pero esta angustiosa situación tuvo un término: el capitán hizo una señal al armador, que separó á su hija, mientras aquel hacía retroceder un poco á Carlos, que se dejó caer en una otomana.

Padre é hija saltaron de nuevo á la lancha que debía conducirlos á la orilla.

Un segundo cañonazo dió la señal de la partida, y la *Nuestra Señora del Cármen* salió á toda vela del puerto, entre los gritos de ¡Adiós! los vivas y sollozos de la multitud.

### VIII

Ocho días después de la partida del joven Andrade se esperaban en la casa de su padre con un ansia indecible, la llegada del buque de su propiedad, *Hernán Cortés*, que venía desde la Habana con cargamento.

El tío Benito, gracias á las eficaces recomendaciones de la sirvienta que le prometió su protección y gracias también á las labores delicadas que ocupaban sin cesar á su hija y á su

nieta, había mejorado notablemente de posición.

Porque cada mañana iban ocho ó diez y hasta catorce personas á valerse de su habilidad epistolar, y contando las cartas, unas con otras, á dos reales, sacaba un diario muy regular.

La persona que había procurado los medios de trabajar á Ursula y á su hija era la gruesa especiera doña Ramona, mujer muy rica, muy influyente en el barrio y muy entrometida.

Había ido á casa de una modista y le había instado tanto con el objeto de que la confiaran labor para sus protegidas, que aquella había accedido al fin, salvo la palabra formal de doña Ramona de pagarle todo cuanto valían los utensilios, caso de que se echasen á perder.

¡Pero cuál fue su orgullo y cuál su alegría cuando fue á llevarla una caja de flores frescas y primorosas como si fueran naturales!

La modista, atónita, las contempló en silencio durante algunos instantes, y luego entregó á doña Ramona media onza, que era sin duda la mitad del valor de la obra, pero que no obstante, pareció á la pobre y buena Ursula una cantidad fabulosa; además, recibió de la modista otro paquete de tela para flores y encargo de hacerlas en tanto antes le fuera posible.

No se contentó sólo con esto la buena y caritativa doña Ramona; ¡había visto padecer tanto al pobre tío Benito, que todo cuanto ha-